

Avisale a la vieja que llego tarde.

Por Jorge Horacio Márquez.

Nos seguimos juntando. Después de mucho tiempo aún conservamos algunos de nuestros rituales de pibes.

Debemos reconocer que a esta altura de nuestra vida, jugar a la pelota forma parte de nosotros. Pero no es que sea una ceremonia pagana, mucho menos un homenaje o un recordatorio.

Jugamos, por el placer y porque aprendimos, con el correr de los años, algunas cosas. Aunque el tiempo se cuele por nuestra defensa y madure un contragolpe fulminante que termina siempre agotándonos en nuestras carreras inconclusas hacia la línea de fondo. Hacia ese centro que no le llega a los muchachos, o ese pique que termina sin elegancia en una caída estrepitosa.

Jugamos, por el placer y porque hace rato que entendimos que nuestras corridas irrisorias y sueños de finales a estadio lleno no contribuyeron sino, a alejarnos de la muerte. Curiosamente nos dimos cuenta de esto de pibes.

La banda andaba por los 15. Teníamos por aquel entonces un equipo heterogéneo en la formación y capacidad de sus integrantes, dirigido técnicamente por el Melena, un muchacho de unos 30 años sin antecedentes deportivos comprobables.

Mezcla de profesor de filosofía y rockero, el técnico comenzaba los entrenamientos con frases rimbombantes que no lograban sino hacernos reír. Generalmente invocando poetas o artistas de cuya existencia no teníamos ni noticias.

Por aquel entonces, podría afirmar que no lo tomábamos en serio, aunque en ese sentido la memoria se vuelve selectiva e injusta. Y aunque seguramente, uno siempre fue menos inteligente u observador de lo que piensa que ha sido, no puedo dejar de repasar el curioso sentido táctico aquel técnico. Como postulante y defensor del “se juega como se vive”,

inicialmente, Melena me dio la 6, sosteniendo que por mi timidez y mi gesto circunspecto y cerrado, debía jugar de defensor, dejándole la punta a los intrépidos.

En ese sentido puedo aseverar que el wing era el más canchero; el fachero del equipo que trepaba las terrazas de las minas. Osadía que conllevaba la lógica imposibilidad de cualquier demora, ya fuera para huir de un padre, un policía o de un tres, ansioso exasperado por poder aplicar su poca ortodoxia a mansalva sobre sus delgados tobillos, siempre carentes de protección.

Se vive como se juega, se juega para ser feliz, gritaba Melena luego de que algo no nos salía bien, mientras, portando un libro, interrumpía los entrenamientos y nos llamaba y preguntaba que íbamos a hacer de nuestras vidas. Nunca nos explicó cómo hacer una jugada: paraba el partido como para organizar un tiro libre y terminaba hablándonos de Hegel o de Mariano Moreno. Siempre militando lugares insospechados para nuestras realidades.

Sin embargo, habría que destacar que a fuerza de reiterarse en sus prácticas, concluimos preguntándonos de qué hablaba. Nos reíamos sin entender...qué sería el futuro, qué sería de nosotros; la mayoría no lo sabía, nunca se le había ocurrido pensar que haría con sus días. Digo la mayoría porque el Fito la tenía clara.

Fito era el 10, de más está decirlo. Era el conductor del equipo y el confidente de Melena. Tenía 15 pero parecía mucho mayor.

Al final del entrenamiento, indefectiblemente, ellos se quedaban charlando en el centro del potrero. Era en ese momento, y sólo en ese momento, cuando las luces de los reflectores parecían enfocarlos sólo a los dos. Siempre sabiendo que aquel paisaje de pobre luminosidad no suponía una imagen fantasmagórica. Por el contrario, contrastante con la bruma, podría referir al respecto, que los que estábamos fuera de aquel círculo áurico, sólo queríamos entrar.

Algunas veces el 10 se ponía a practicar, mientras Melena se sentaba sobre un fútbol y asentía o negaba. Imposible especular sobre el ritmo y la composición de aquellos monólogos supuestos. Eso sí, cuando Fito se daba cuenta de la hora, nos gritaba al resto, siempre distantes, que le avisáramos a su vieja que llegaría tarde.

Seguramente, aquella bronca del observador no participante me llevó a madurar una confesión avergonzada, aunque nunca apresurada: así, le dije a Melena que quería escribir. No le prometía correr más ni ser más generoso en la entrega en los entrenamientos cotidianos. Quería escribir lo que fuera, en donde fuera.

De hecho, mis primeras letras interesantes las dilapidé, después de marzo del 76, en una pared olvidada con una brocha que perdía sus pelos. Posiblemente no sabía bien lo que mi trazo trataba de imponer, pero reflejaba, sin duda, un estado de ánimo, casi incompresible, para aquella edad inocente: “la opresión genera milicos, que te patean en la oscuridad y te comen el corazón”.

En realidad podría haber escrito indistintamente te quiero Alejandra, o no llores por mí Daniela, pero seguramente, la imagen de los hombres uniformados en el poder, había generado en mí una angustia superior que me marcaría las entrañas de manera irrefutable. Afortunadamente, nunca nadie supo que había sido yo.

Debo decir también, que aquella primogénita pintada también tuvo sus antecedentes e influencias. Surgió luego de una charla con mi abuelo, un domingo al mediodía, cuando después de comer, me contó cosas de su vida, mientras con un gesto cómplice me servía un vino con soda y me hablaba de historias de una España antifranquista que había sido derrotada.

El abuelo murió a los pocos días. Se llevó con él, la imposibilidad de enfrentar una nueva derrota.

Tal vez, lo de mi abuelo, no fue sino una premonición de lo que vendría, por eso no quiso jugar más.

Me dejó su amor por lo justo, un cortaplumas y una foto. Se lo veía joven y aguerrido en esa imagen con sus compañeros de batallón: el puño arriba y una mirada orgullosa, que amenazaba superar los contornos del papel sepia. De hecho lo hacía.

Repentinamente el tiempo parecía transcurrir más vertiginoso, y todo parecería acontecer en marzo, como nunca, redundante de desdichas, presagios y tristezas.

El 29 por la nohcecita, Melena nos dio una charla, nos habló del dolor y la miseria. Del deseo y las hienas. Pasión y muerte.

Al finalizar, me llamó al centro del potrero, me miró y me tiró la camiseta ampulosamente. Como una señal inequívoca frente a la adversidad, el número signaría mi destino: el cocido prolijo enmarcaba un ocho redondo, perfecto en el centro de la espalda.

Un destello excepcional pareció pegarle de lleno al plástico lustroso, que indudablemente, brillaba autónomo.

Se juega como se vive, me dijo y agregó: escribí. Escribí de nosotros.

Escribí de todo y en todo. Paredes, folletos, boletos capicúas y ochavas.

Balcones y cornisas.

Que quede clara tu idea. Escribite la mano con el plan maestro para ser feliz, y sobre todo, libre y solidario. Y no te olvides nunca, que jugamos al fútbol porque nos gusta, porque nos divierte, pero por sobre todas las cosas, jugamos para escaparnos de la muerte.

Para mostrarle que somos más hábiles e inteligentes que ella, que la eludimos y la miramos cuando la superamos en velocidad y la burlamos cuando somos generosos con el otro, fieles a nuestras ideas, nuestros amores y pasiones.

No te olvides de esto, escribilo, es necesario, hoy más que nunca.

Tosí interrumpiendo la emoción y sólo atiné a gritarles a los muchachos, ¡avisale a la vieja que llego tarde!

Ya dentro del círculo áurico, comprobé que la vida era otra cosa. Mientras el Fito le pegaba al arco, el Melena me hablaba de Cortazar y Chejov; por mi parte, sólo quería mirar la luz, para ver si me incluía y si la sensación de que la bruma acechaba era tan cierta como cuando estaba afuera.

Sin duda, comprobé triunfante que la niebla todo parecía oprimirlo, menos ese lugar. Poco a poco cada uno de los muchachos fue siendo incluido en el círculo central de nuestra cancha. Poco a poco, todos podían escuchar hablar de temas impensados tiempo atrás. Todos podían ser escuchados.

Avisale a mi vieja que llego tarde!, pasó a ser un grito de guerra. Un paso existencial de unos pibes pobres en un mundo acotado y gris. Un paso para adelante, en días en los que el tiempo debería haberse detenido.

El plan maestro del Melena tenía un sentido, aunque lamentablemente, con la última incorporación al círculo áurico, el técnico ya mostraba un estado físico calamitoso. Su salud se había deteriorado vertiginosamente, mientras merodeaban el barrio nuevos y peligrosos pasajeros.

Acechantes visitantes que no enfocaban sus miradas precisamente en la luminosidad, mucho menos en las capacidades de los jugadores o en sus pensamientos.

Así como el equipo se pobló de delanteros ágiles y valientes, los alrededores de la cancha lo hicieron de buitres y sombras. Seres oscuros que no venían a recrearse con nuestro juego de idealistas inconscientes que ganaban de tanto en tanto.

Y así como el técnico no mermaba sus esfuerzos, día a día, llegaban a la canchita más pibes, de distintos lugares, que afectados por una rara ansiedad sólo querían ser delanteros.

La luz, iba atrayendo cada vez a más. Ya, al lado de la pelota, sobre la que se sentaba a monologar el técnico, había una pilita de libros que eran distribuidos generosamente.

En tiempos en los que la muerte diluía cualquier boceto de utopía, muchos pibes se acercaban buscando un juego trascendente, una diagonal hacia alguna certeza en el alma o la gambeta perfecta ante la miseria humana desatada.

Debo confesar que no nos sorprendió que un día fuéramos a entrenar y Melena no estuviera.

En su lugar, había un tipo de bigotes finitos que nos hizo dar 10 vueltas a la canchita para precalentar.

Con vos de pito, nos dijo que era la intervención del club, el director técnico anterior había sido depuesto por vago, conforme a la nueva normativa que regía las instituciones republicanas.

Aquel día la oscuridad nos permitió volvernos a casa más temprano.

Supusimos con tristeza que había que seguir jugando, aunque con respecto a mi lugar en la cancha, volví a usar la 6, no hablar demasiado y postergar la escritura.

La tristeza me había ganado y no me había dado cuenta, es cansador crecer a fuerza de pateaduras al alma.

Sobre todo de ese tipo que tardan eternidades en cicatrizar.

Con los muchachos pasó algo parecido, seguimos jugando, pero a otro juego.

Fito se fue a atajar y el wing se volvió lento. Fue tan así que dicen que lo balearon una madrugada intentando escapar de una casa que supuestamente había robado.

De más está decir que el nuevo técnico era muy conservador y aunque ponía un solo delantero, permítaseme confesar que con mis pelotazos a la punta, busqué a mi amigo reiteradamente, consciente siempre de que ya no estaba. Un pobre acto sin reminiscencias revolucionarias, sin dudas.

Con respecto a Melena nunca más supimos de él, y más allá de nuestras presunciones, nos llamó la atención que no hubiera intentado un mensaje de despedida expresado en una encriptada pintura en una pared o un cartel sospechoso. Aunque más no hubiera sido, una señal en un poste de luz o una bandera de piratas como alegoría de los muchachos de Tortuga, que siempre perdían al final de las historias.

Todos nos resistimos a pensar que se hubiera ido sin avisarnos. Y como si el deseo pudiera recrear realidades, negábamos que hubiera sido detenido o muerto por sus ideas.

Seguramente por eso, con el tiempo, insinuar pistas o aseverar sobre el destino de Melena pasó a convertirse en un acto que generó expectativas de adhesión popular; ilustrado sin tapujos de acuerdo a la imaginación del portador de la noticia, hubo gente que sostuvo que dirigía una selección en Arabia o un club de primera en Inglaterra. Otros juraron que se había convertido en un manosanta en Río de Janeiro al que iban los presidentes a asesorarse. Vendedor de brújulas en Granada o Pirotecnia en Pekín.

Difícil es pensar que Melena haya podido escapar a lo que todos suponemos lo acechaba. Desde aquel entonces, espero sin éxito la manifestación de alguna señal de su supervivencia explicitada de manera no convencional.

Los que sobrevivimos de aquel equipo nos seguimos juntando. Después de mucho tiempo aún conservamos algunos de nuestros rituales de pibes.

Debemos reconocer que a esta altura de nuestra vida, jugar a la pelota forma parte de nosotros. Ya lo dije, un partido nuestro nunca es un homenaje o un recordatorio.

Jugamos.

Nos seguimos juntando en la canchita, bajo una luz mortecina, que siempre nos parecerá emanada de los reflectores más potentes de la tierra.

Cada tanto, una jugada inconclusa impondrá una pausa, pero Melena no aparecerá con sus frases ostentosas, diciéndonos a cada uno, lo que claro está, queremos escuchar.

En ese momento, y cuando la nostalgia parece imponerse por goleada, siempre alguien nos rescata de la melancolía y grita ¡avisale a la vieja que llego tarde! Tan sólo por un instante, el grito de guerra nos permite suponer que venceremos en aquellas contiendas que desconocemos, pero que sin duda se avendrán prontamente: injustas y desproporcionadas. Vivimos en la Argentina.

A manera de conjuro, miramos el banco donde debería estar el técnico; yo particularmente acaricio los contornos maravillosos del plástico cocido en la espalda de mi camiseta.

En ese momento las luces parpadean.